DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

SESIÓN DEL VIERNES 16 DE JUNIO DE 1899

SUMARIO

Se abre la sesión á las dos y veinticinco minutos de la tarde.

Lectura y aprobación del Acta de la anterior.

Caso de compatibilidad del Sr. Ugarte: dictamen.

Elección de Vinaroz: voto particular.

ORDEN DEL DÍA: Casos de compatibilidad de los Sres. Castell y López Puigcerver (D. Vicente); dictámenes. = Quedan aprobados.

Constitución definitiva del Congreso. = Elección de Presidente, Vicepresidentes y Secretarios.

Juramento de los Sres. Diputados. = Discurso del Sr. Presidente.

Juramento del Sr. Celleruelo.

Hora á que han de empezar las sesiones: propuesta del señor Presidente. = Acuerdo.

Se suspende la sesión á las cinco y veinticinco minutos.

Se reanuda á las seis y veinte.

Juramento del Sr. Quiroga Vázquez.

Sorteo de Secciones.

Reunión de Secciones: acuerdo.

Casos de compatibilidad de varios señores: dictámenes = Quedan sobre la mesa.

Elecciones de Murcia: dictamen y voto particular. = Quedan sobre la mesa.

Expediente original á que se refiere el proyecto de cesión de las Carolinas, Palaos y Marianas; supresión del Ministerio de Ultramar; idem de varias plazas de consejeros de Estado; situación oficial de los Sres. Dupuy de Lome y Osma; dimisiones del cargo de consejeros de Estado de los señores Urzáiz, Vincenti, Jimeno de Lerma y Nieto: comunicaciones.

Leyes sancionadas por S. M.: publicación.

Orden del día para mañana. = Se levanta la sesión á las siete y quince minutos.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (García Alix): En cumplimiento de los artículos leídos por el Sr. Secretario, siendo el número de Diputados el de 402, habiendo sido proclamados 355, y anunciada ya la constitución definitiva del Congreso, se va á proceder á la elección de cargos empezando por el del señor Presidente.»

Verificados que fueron la votación y el escrutinio, resultó que habían tomado parte en la votación 203 Sres. Diputados, habiendo obtenido 201 votos el Sr. Pidal (D. Alejandro) y resultando dos papeletas nulas. En su consecuencia quedó proclamado Presidente el Sr. Pidal.

El Sr. **PRESIDENTE**: Queda definitivamente constituido el Congreso, y se pondrá en conocimiento del Gobierno y del Senado.

Señores Diputados: ni el estado de mi salud, ni el espíritu de reforma que á todos por igual nos anima en lo que se refiere á las prácticas políticas y parlamentarias, me permiten dedicaros en el momento presente más palabras que las necesarias para daros gracias por el honor que me habéis dispensado al elevarme por tercera vez á este sitio, considerado como el puesto más culminante de la política española; ni yo necesitaría de otras más que de las indispensables para exponeros mi programa, si programa puede llamarse al propósito ya abonado por mi conducta de otras veces en este sitio, que se encierra, que se compendia, que se sintetiza en una sola palabra: la justicia; porque la justicia es, señores Diputados, como ya tuve el honor de deciros desde este sitio en otra ocasión, el único antídoto que yo encuentro en mi conciencia y que descubro en las páginas de la historia de la humanidad para oponerlo á todos los males sociales, sean los que quieran sus distintivos y sus nombres. Y si eso sucedía en aquellos momentos tristes en que los males amenazaban y amagaban á la sociedad, con los golpes que os denunciaban, ¡cuánto más ha de suceder en estos momentos, en que por haber descargado ya el mal sus golpes, es necesaria la penosa labor de ir levantando, de ir organizando todas las fuerzas sociales conmovidas, debilitadas y dispersas al choque de las desgracias de la Patria! Por eso, la justicia es la única panacea que encuentro yo que puede servir para el remedio de nuestros males, y en la parte que me toca, al presidir vuestros debates, la única antorcha que me ha de iluminar y el único Norte que me ha de dirigir en el desempeño de mi cargo.

No se me oculta lo grande, lo difícil, lo trascendental, lo casi sublime de la misión que está confiada á estas Cortes; misión que está en la mente de todos, que palpita en los labios de todo el mundo, que tiene ya su fórmula en la conciencia pública y en la conciencia nacional. Estas Cortes tienen sobre sí el encargo de levantar, de reorganizar, de regenerar la Patria, misión verdaderamente sublime, misión tremenda por lo llena que está de responsabilidades, pero que debe enorgullecer á todos aquellos que sienten palpitar dentro de su organismo los divinos estímulos de su conciencia.

¡Ah señores! Regenerar nuestra Patria por aquellos procedimientos que no la perturben, que no la conmuevan: regenerarla con aquella atención, con aquel detalle, con aquel esmero que tiene que tener el médico á la cabecera del enfermo, que sigue atento, con estudio y observación, la marcha y la índole de la enfermedad para aplicarle el remedio; no con las fórmulas vanas y huecas y funestas de las farándulas de la gárrula charlatanería que todo

lo pretende curar de un golpe con la droga del curandero.

No, señores. A la altura en que raya la civilización, á la hora en que estamos de progreso, están ya mandadas recoger y relegadas á los depósitos de lo inservible todas aquellas fórmulas, todos aquellos programas, todos aquellos procedimientos continuados que sólo sirven para precipitar á un país por la pendiente de las revoluciones insensatas ó de las reacciones imprudentes. Las reformas que exige é impone hoy la ciencia política y económica y social, son reformas más altas, más hondas, más trascendentales, más lentas; que teniendo presente los altos destinos de la humanidad, la vida y la existencia de las Naciones, y la razón de todo organismo legal, aspiran á conducir suavemente á la sociedad, sin sacudidas ni trastornos que la malogren, no hacia atrás, ni hacia abajo, sino hacia arriba, puesta la vista en el ideal de su naturaleza y de su historia. (*Aplausos.*) Grande, tremenda y difícilísima labor, pero labor que está en nuestras manos. Esta labor, Sres. Diputados, depende exclusivamente de nosotros y cae en absoluto bajo el dominio soberano de nuestra voluntad. No se trata ya de vencer continentes, de dovelar imperios, de derrotar ejércitos, de sumergir acorazados, de rechazar invasiones; se trata sólo de dominar con el sereno esfuerzo de nuestra voluntad nuestros actos, de rechazar con energía los errores que tratan de ofuscar nuestro entendimiento, las pasiones que tratan de perturbar nuestro corazón. Se trata de que persuadidos de nuestra grave responsabilidad y penetrados de nuestro sacratísimo deber, tomemos sin prejuicios de sistema de partido, de escuela, el pulso á las fuerzas sociales del país y dado á cada una la suya, las empujemos por el camino de su mejoramiento y progreso; se trata de que, recordado que la Patria es un organismo vivo, no lo disloquemos ni lo desangremos con los arrebatos imprudentes de toda voluntad individual, sino de que combinemos y armonicemos todas las voluntades individuales en el seno de la gran voluntad colectiva de la Nación, para que el alma de la Nación, con toda la plenitud de su voluntad, refrende las determinaciones de la verdad y los imperativos de la justicia. Se trata de que, considerando que el régimen político en que vivimos es el régimen parlamentario que está fundado en los partidos, huyamos del individualismo fatal, que es nuestro defecto tradicional y constante, destructor de toda disciplina social: individualismo que si pudo en días lejanos de la historia dar glorias aisladas y particulares por aventuras heroicas, tal vez funestas, no puede menos, en el día de hoy, de llevarnos á la dispersión y á la ruina en todos los órdenes sociales, produciendo en el cielo de nuestra Patria el desconcierto y la disolución que produciría en el cielo de la Naturaleza que los astros, saliéndose de sus centros, tropezasen y se chocasen entre sí, en vez de girar acompasados y acordes dentro de la órbita sideral en que cantan la gloria del Creador, con las armonías del Universo. (*Nuevos aplausos.*)

Se trata, en suma, de que posponiendo todo interés y mira personal, y dándonos cuenta de lo grave, trascendental y crítico de las circunstancias, aunemos todos nuestros esfuerzos acordes, con el solo objeto de sacar á salvo la Nación, de sacar á salvo la Patria de la crisis en que tiene comprometida

su existencia y su porvenir. (*Nuevos aplausos.*) Esto sólo se logra por el sacrificio.

¡El sacrificio! ¡Ah, señores! Todos sabemos lo que se espera de nosotros como representantes del país; todos sabemos lo que se espera del país: grandes y costosísimos, pero indispensables sacrificios; todos sabemos que no hemos venido, como en otras alegres ocasiones, á disfrutar, dentro siempre del cumplimiento de nuestros deberes, de esas naturales y lógicas satisfacciones del amor propio complacido, de esos legítimos contentamientos del ánimo al lograr servir y complacer las aspiraciones del amigo, del elector, del Municipio, de la provincia cuyos intereses representamos...

Todos sabemos que hemos venido en horas verdaderamente solemnes de postración y de tristezas; todos sabemos que la palabra *sacrificio* se halla en la conciencia de todos, y los labios de todos la pregonan; todos sabemos que estamos en momentos solemnes, en que no por vana retórica, sino por sentirla en el corazón y llevarla impresa en la cabeza, hemos de tener la palabra *sacrificio* escrita delante de nosotros como una de esas palabras que constituyen el imperativo categórico de la conciencia en momentos supremos para la vida.

Pues bien, Sres. Diputados, si al sacrificio venimos; si el sacrificio tenemos que imponer á nuestros electores y al país que representamos, empecemos nosotros por hacer el sacrificio de nuestras pasiones personales; empecemos por hacer el sacrificio de nuestros errores sistemáticos; por hacer el sacrificio de todo lo que no sea el mandamiento esencial y trascendental de la conciencia. Porque de sobra lo sabéis: el sacrificio es lo que levanta y lo que regenera, lo que ennoblece y purifica al individuo; es el único y verdadero cemento social, puesto que toda sociedad está fundada en el sacrificio de los intereses individuales para el logro del interés general, y aun aquellos que sólo tienen por objeto el lucro y los intereses materiales, tienen por necesidad que comenzar, para existir y organizarse, por la imposición de los sacrificios individuales. El sacrificio es la prueba, el aroma y la expresión del amor; lo mismo del amor á Dios, que del amor á la humanidad, que del amor á la Patria; de todos los amores, en fin, que no han tenido ni pueden dejar de tener más demostración, ni más fundamento, ni más base, ni más aspiración, si son legítimos y santos, que el goce íntimo y reconcentrado de la abnegación, y que el esplendor del sacrificio.

El sacrificio es la esencia de la redención. No hay redención sin sacrificio desde la redención religiosa de la humanidad, que se llevó á cabo con el sacrificio de la Cruz, hasta la redención del error, de la ignorancia y del vicio, hasta la redención del esclavo y la regeneración del obrero, llevadas á cabo por el heroísmo de la caridad; ¡todo, para ser práctico, eficaz, tiene que consumarse con el sacrificio! Que en vano, por profundos que sean los pensadores y los filósofos, por grandes que sean los oradores y los poetas, jamás dejará de ser una generosa utopía, encerrada en las abstracciones del ideal, toda obra de redención en la vida mientras no la preste su sangre, para darla vida y fecundidad, el alma generosa y amante del sacrificio. (*Grandes aplausos.*)

Por lo tanto, señores, ¡ya lo sabéis! para el sacrificio venimos, al sacrificio vamos, y nos consolare-

mos los que hagamos estos sacrificios y los que imponamos esos sacrificios á la Nación, con que al mismo tiempo los cumplimos que los imponemos; quedaremos tranquilos y serenos en nuestra conciencia, esperando que el mundo civilizado, que con mirada serena y atenta nos observa, después de las desdichas que nos han acaecido, verá que no somos un pueblo herido de muerte, llamado á desaparecer y condenado definitivamente en las gemonias de la historia, sino que somos un pueblo mutilado, ensangrentado, herido, sí, pero en cuyo corazón alienta sangre generosa bastante para levantarse de su prostración y llenar cumplidamente sus grandes destinos en la historia. (*Aplausos.*)

Entonces, lo que hoy nos parece amargo, nos parecerá dulce y consolador; y tal vez andando el tiempo, cuando los futuros historiadores estudien y vean cómo este pueblo, merced á sus energías morales pudo levantarse y reconstituirse después de las grandes desgracias que le han abatido, podrá alguno de nuestros hijos decir con orgullo como glorias de sus mayores: si mi padre no estuvo entre los generales que alcanzaron la victoria, si no estuvo entre aquellos que fueron bendecidos por Dios con la suerte de las armas, por lo menos estuvo entre aquellos humildes y modestos legisladores que dejaron á un lado todo lo que como hombres hería su imaginación, sus deseos y sus bienandanzas, para ofrecerlo todo en sacrificio y holocausto á los pies de la Patria, únicamente perturbados por el temor de sus responsabilidades, únicamente complacidos y consolados por la satisfacción de su conciencia que les decía: que sólo así podían cumplirse los grandes destinos de una Nación tan infortunada y tan grande. (*Grandes y prolongados aplausos.*)